

Entrevista

Entrevista con César Botella*

E. – Podríamos comenzar presentando el itinerario psicoanalítico suyo.

C.B. – Hice Psiquiatría en Madrid con el Prof. López-Ibor, una personalidad cultivada, brillante, pero producto del medio ambiente de la post-guerra civil española, una España bajo la dictadura franquista en que la Iglesia española de la época, extremadamente retrógrada, ocupaba una plaza determinante. Entre la derecha fascinante y el oscurantismo religioso, naturalmente un Prof. de Psiquiatría de Madrid debía estar opuesto al psicoanálisis. Una de las primeras traducciones de Freud fue en español, en Madrid, ya en los años 20, gracias al impulso de Ortega y Gasset y a la perseverancia del traductor López-Ballesteros. Para combatir este movimiento, López-Ibor había escrito “La agonía del psicoanálisis”. Quería oponer su concepción existencialista y católica a un psicoanálisis según él ya agonizante.

Encontrar libros de Freud era muy difícil y en los estudios secundarios era raro que un profesor de Filosofía o de Literatura hablase de Freud. Mi primer contacto fue pues subjetivo. Cuando yo tenía quince años, un amigo mayor, hombre inquieto, profundamente insatisfecho del nivel cultural de la España de la época –no olvidemos que la mayoría de los intelectuales emigraron a la llegada de la Franco–, estudiando ya Medicina, me habló de Freud, del inconsciente. Fue una revelación, pues la idea de inconsciente correspondía a algo que yo sentía en mí sin poder pensarlo, sin tener las palabras y nociones necesarias. El libro de López-Ibor sobre la pretendida agonía del psicoanálisis fue enseguida para mí la prueba material de la existencia de resistencias al inconsciente.

En aquella época, no había Instituto de Psicoanálisis en España, solamente algunos analistas que empezaban a organizarse en Sociedad, cuatro en Madrid y dos en

* Miembro de la Sociedad Psicoanalítica de París.
Entrevista llevada a cabo en ocasión de las Conferencias Interregionales de Montevideo, en abril de 1999 por: Carlos Kachinovsky y Fanny Schkolnik.

Barcelona. Ángel Garma ya había emigrado a Buenos Aires. Estos analistas españoles se habían analizado en el extranjero, París y Ginebra. Decidí pues formarme en París.

En París, a diferencia de Madrid, el ambiente psicoanalítico estaba en una gran efervescencia. Las disensiones de la Sociedad Psicoanalítica Francesa acababan de ocurrir unos años antes. El origen: la personalidad de Lacan. No entraré en detalles porque supongo que conocéis los pormenores. Solamente insistiré que una guerra intelectual, creo que el término no es exagerado, sacudía a los analistas, no solamente a propósito de las ideas de Lacan, sino inclusive, aunque en un grado menor, entre las dos Sociedades componentes de la I.P.A.: la Sociedad Psicoanalítica de París (SPP), y la Asociación Psicoanalítica de Francia (A.P.F). Una época de lucha y de desgarrones científicos, a menudo personales. Las posiciones eran como siempre en esos casos radicales. Para los debutantes como yo era muy estimulante, pero situarse no era nada fácil. Los jóvenes, nos sentíamos como en una barca sometida a marejadas contrarias sin tener los conocimientos suficientes para navegar. Teníamos que leer mucho, trabajar mucho para poder orientarnos. Porque al mismo tiempo que la teoría lacaniana, había en París una tendencia kleiniana a la que se oponía una freudiana radical. Con la complicación del descubrimiento progresivo, al mismo tiempo en esos años, de un Winnicott y de un Bion.

Puesto que me habéis pedido mi itinerario personal, os diré que, queriendo ir rápido, leí M. Klein y Bion antes que Freud. Acabé dándome cuenta que estaba arriesgándome a convertirme en un militante de una tendencia, condenando irremediamente las otras, para simplificar las cosas. Decidí pues comenzar por el comienzo. Con mi esposa, Sara –hemos hecho toda nuestra formación y evolución conjuntamente, al punto que la mayoría de nuestros artículos han estado redactados por los dos– organizamos un pequeño grupo de lectura cronológica de la obra de Freud. Evolucionar como evolucionó el pensamiento de Freud nos permitió continuar nuestra propia evolución integrando luego los autores post freudianos. Creo que es la única manera de poseer una teoría y una práctica analítica de una cierta solidez y sin partidismos reductores. Fue Michel Fain quien me advirtió en mis comienzos. “Quand on n’est “ien”, on est rien” (que sea “freudien”, kleinien o lacanien, etc.). Se me ocurre que en español podríamos decir “Si eres “ano” (freudiano, kleiniano... etc.), eres asno”.

En mis frecuentaciones parisinas es sin duda la Escuela de Psicósomática (Marty, de M’Uzan y Fain) la que me marcó profundamente. La concepción de Marty de carencia fantasmática, de Preconsciente deficiente, ha sido fundamental para mí. Junto a la

noción de “manque” de Lacan, y de elementos de Bion, tuve rápidamente el presentimiento de que lo que aparentemente era muy diferente de un autor a otro, en realidad contenía un fondo común. En mi época de interés por la escuela anglosajona, conseguí con otros colegas con los que trabajaba en un centro para niños, el centro Edouard Claparède, hacer venir a Francés Tustin. Aún no era célebre como más tarde lo fue; éramos los primeros en invitarla, al menos en Francia. Sara presentó un análisis de un niño. A pesar de teorizaciones ya muy diferentes tuvimos con Francés Tustin una concordancia, una sensibilidad común, que nos hizo comprender que las teorizaciones eran la forma racional que tomaban, según el bagaje intelectual, intuiciones en el fondo idénticas. Nos entendimos tan bien que Tustin nos pidió un artículo para una revista inglesa. Lo que hizo que nuestra primera publicación fuera en inglés. Este encuentro fue muy importante para nuestra evolución y tolerancia teórica.

También tuvo mucha influencia en nuestra concepción, la posición de un Sergio Viderman y su “Construcción del espacio analítico”, emitiendo la hipótesis de una “construcción” de la representación inconsciente gracias al proceso analítico y no antes; la controversia entre él y Francis Pasche, fuerte personalidad de la S.P.P., considerado por todos como “depositario” de Freud, marcó nuestra generación. No olvido la obra de Grunberger y, fuera de nuestra Sociedad, no solamente la importancia del Vocabulario de Laplanche y Pontalis que salió en esos años, sino también sus artículos. Un “tournant” fue el Congreso de Green sobre el afecto en 1970. Su rapport fue una respuesta a la teoría lacaniana que justamente, privilegiando la noción de significante, no acuerda el valor necesario al rol del afecto en la vida psíquica.

E. – ¿Podría contarnos cómo ve Ud. el psicoanálisis actual, incluso el psicoanálisis en Francia, ya que la introducción de su libro se titula “¿Qué psicoanálisis para el Siglo XXI?”

C.B. – La pregunta es muy amplia y compleja para poder responder en una entrevista. Intentaré hacerlo de una forma global. Me será más fácil si lo hago sin abandonar el punto de vista histórico pero a partir del actual Encuentro de Montevideo. Otto Kernberg ha insistido mucho en las diferencias entre el psicoanálisis anglosajón y el francés,¹ separando las cosas de una manera quizás un poco forzada pero que contiene una cierta verdad. Es verdad que hay una tradición psicoanalítica francesa en la que se acuerda un predominio a la lectura y estudio de Freud. Esto ha sido en parte

¹. Naturalmente, por anglosajón y francés entendemos una serie de características que son más marcadas en uno y en otro pero que no definen la complejidad de las dos corrientes.

debido a Lacan preconizando un “retour” a Freud, pero también por la necesidad de la S.P.P. y A.P.F. de hacer un contrapeso a su teoría gracias a un conocimiento profundo del pensamiento freudiano. Es indudable que *Lacan* fue un personaje que tuvo un dominio importante sobre la vida intelectual psicoanalítica francesa y podría decirse que consiguió provocar un fenómeno social. Armado de sus conocimientos freudianos remarcables y su cultura filosófica importante, tenía la facultad, con su genio y su inteligencia, de seducir a los analistas con sus conocimientos filosóficos, y cortarles la palabra a los filósofos, con sus conocimientos psicoanalíticos. Laplanche, Pontalis de la A.P.F., Green en la S.P.P. y otros analistas de esa generación que siguieron durante un tiempo las enseñanzas de Lacan, tuvieron que trabajar mucho para tomar la distancia necesaria y seguir caminos propios.

La noción de “manque” lacaniana, Fierre Marty introduciendo la noción del “defecto de representación” y Michel Fain la idea de regresión formal, junto a la “Construcción” de Viderman, y sobre todo el “negativo” de Green, constituyen un pensamiento y una evolución psicoanalítica muy diferente de la corriente anglosajona. Si, como O. Kernberg, intento describir las grandes líneas del psicoanálisis de hoy, tal como yo lo veo, la diferencia radical entre la corriente anglosajona y la francesa se podría concretar y resumir en el sentido que damos a la noción de carencias tempranas. A partir de Ferenczi, Balint, Fairbain y Winnicott, la tendencia anglosajona actual predominante, acentúa la importancia del objeto real. En parte se alejó del pensamiento de M. Klein que ha insistido sobre la importancia de la noción de objeto interno. Esta prioridad dada al estudio del objeto real como origen de las carencias primarias, se tradujo a nivel de los defensores de una nosografía según el modelo de la psiquiatría, en la descripción de la organización borderline. Por su lado, el pensamiento francés, naturalmente también interesado en las carencias tempranas y no solamente en el complejo de Edipo, como se cree a menudo, en vez de preocuparse directamente por el objeto primario y sus fallos, se despliega a partir del estudio del funcionamiento del psiquismo y de sus insuficiencias. “Manque”, “deficiencia”, “negativo”, “regresión formal”, “construcción”, a partir de este contexto, Sara y yo hemos insistido desde nuestro artículo de 1983 (“Notes cliniques sur la figurabilité et l’interprétation”) sobre la importancia del trabajo de figurabilidad del analista.

Evidentemente, la tendencia anglosajona preocupada por las carencias del objeto primario que deben ser tratadas por actos reales del analista –en ese sentido, la descripción de M. Little de la técnica de Winnicott es ejemplar y muestra a qué

extremos se puede llegar–, y la tendencia francesa preocupada por el funcionamiento mental y en particular del trabajo psíquico del analista, y en nuestro caso, nuestra idea sobre la regresión formal del pensamiento del analista, su trabajo de figurabilidad, en doble, como medio de acceder a las carencias irrepresentables del paciente, son en efecto dos posiciones técnicas radicalmente opuestas y me temo incompatibles. Si a esto añadimos el lugar que, en Francia, acordamos a lo sexual, no hay más remedio que aceptar que existen grandes diferencias entre el psicoanálisis anglosajón y el francés. Sobre todo cuando nos damos cuenta que ciertas escuelas de inspiración anglosajonas pretenden que Freud ya está superado. Ahora bien, Freud y la noción de sexualidad (entendamos la sexualidad infantil que ha impregnado la infancia, marcado el Yo y sus mecanismos de defensa, que orienta la fantasía infantil, en resumen la psicosexualidad) en el psicoanálisis francés no podrán nunca ser considerados como caducos. Simplemente porque pensamos que esto sexual infantil infiltra todo el funcionamiento psíquico desde las épocas más tempranas, porque el psiquismo no se constituye sino bajo unas matrices, líneas directoras que son las fantasías originarias inconscientes. Es verdad que éstas pueden fracasar en sus funciones ordenadoras, pero la marca en “negativo” está siempre presente.

No comprendo cómo Fairbairn y Guntrip y por momentos Alexander pretenden la caducidad del pensamiento freudiano. A mi me gusta repetir a ese propósito una frase de un astrofísico, Michel Cassé, que en un dominio tan diferente nos dice: “El hombre va a la luna, pero Euclides es nuestro contemporáneo”.

E. – Quisiéramos que nos hablara de algo quizás un poco menos abarcativo. ¿Cómo definiría Ud. el concepto de representación? ¿Lo no representadle sería lo no representado a nivel de la palabra?

C.B. – El término de representación no es de origen analítico. Se ha impuesto en nuestra teoría sin haber sido definido de una forma metapsicológica. Freud lo empleó constantemente en el sentido corriente de la lengua alemana. Recubre la representación de palabra, de cosa, el representante-representación de la pulsión, la representación inconsciente, etc. Términos abstractos y teóricos. Al mismo tiempo, espontáneamente tomamos representación en el sentido de una imagen mental que sentimos, percibimos en nosotros directamente.

Me parece que desde el punto de vista analítico no podemos contentarnos con la idea de que la representación es la simple imagen de un objeto exterior, o la simple representación de un concepto o idea. Esa es la postura psicológica más corriente.

Desde el punto de vista psicoanalítico, debemos definir representación, ya sea de palabra o figurativa, como un elemento representativo entrando en una cadena de representaciones. Es la cadena de representaciones quien hace que un elemento pueda ser considerado como representación. Es en la sucesión *de* representaciones que se encuentra la fantasía inconsciente. Es ésta quien da sentido a cada representación. Aislada no tiene valor psíquico para un psicoanalista. Cuando no existe la cadena representacional capaz de soportar todas las fuerzas pulsionales, de darles un sentido, se produce el fenómeno contrario, en vez de representación hay una desorganización. El fallo representacional, es decir una deficiencia en la fantasía inconsciente, supone un fallo en la organización de un sistema psiconeurótico, sea histérico u obsesivo. Es en ese punto que puede definirse la especificidad de la organización borderline.

Estamos hablando de carencia representacional. Que ésta corresponda a una carencia en las relaciones con el objeto primario es evidente, pero nada es simple en lo psíquico. Pensamos que no puede hacerse una relación inmediata, directa entre las dos carencias, la objetal del pasado, la representacional del paciente adulto. Solamente podemos saber que, a partir de una infancia problemática, el psiquismo borderline se organizó de una cierta manera. Que seguramente el entorno no fue un entorno ideal, no nos basta como explicación, porque también sabemos otra cosa. En esto reside el punto de vista original francés, considerar el psiquismo como una “función” evolutiva a permanencia. Bion, siguiendo a Freud, fue el primero en insistir en la idea de crecimiento. En Francia acordamos un gran interés al mecanismo de “l’après-coup” como una de las expresiones de esta evolución. Con esto quiero decir que para mí no hay duda que el psiquismo, al menos en parte, evoluciona independiente del entorno primario y según unos mecanismos y procedimientos específicos en cada paciente. La técnica que resulta de esta concepción es pues obligatoriamente diferente de la anglosajona.

Con Green, pensamos que la noción de “trabajo de representanza”, unida a la de “trabajo del negativo”, son hoy día fundamentales. Para nosotros, en particular, la idea de fallo debe prolongarse con la de un no-representable que debe acceder a la calidad representable en el transcurso de la cura. Un trabajo que opera a nivel de la regresión en el sentido de vía regresiva. Para mí, la idea de no-representable no puede ser comprendida sin el modelo del trabajo del sueño. Una persona se acuesta, se quita las gafas, cierra los ojos, se desvincula de la percepción. Luego poco a poco las representaciones serán progresivamente desinvertidas. El yo cae en el sueño profundo. Nuestra teoría es que la desinvertidura de representaciones de objeto puede ir muy lejos;

quiero decir hasta la desinvertidura de las representaciones inconscientes. Al menos teóricamente creo que debemos aceptar que en una regresión narcisista que va hasta el límite, el deseo inconsciente, el sistema mismo del inconsciente, deja de ser “operacional”. Su desinvertidura supone una pérdida representacional. El “más allá de la representación” sería un estado de pánico, un estado traumático. Toda la energía que estaba contenida en la representación de cosa, de objeto, inconsciente, va a liberarse y producir un estado que nosotros llamamos de “no-representación”, un estado de catástrofe interna. En la regresión narcisista del sueño, ante la proximidad de esta angustia primordial, el yo va a reaccionar enérgica y violentamente, reinvestiendo lo que puede invertir en ese momento; el riesgo de desinvertimiento de las representaciones inconscientes se transforma gracias a una reacción del Yo, en sobreinvertidura para evitar ese vacío traumático de la no-representación. Este modelo de funcionamiento es quizás más una hipótesis teórica que una realidad clínica; hipótesis que por ahora nos es necesaria. El psiquismo tendría un fundamento traumático contra el cual trabajaría sin cesar noche y día. Si el “trabajo de representación” no fuera suficiente, un recurso posible sería la sobreinvertidura de las percepciones. El pensamiento operatorio descrito por Marty y de M'Uzan podría ser una de las posibles traducciones clínicas.

En un funcionamiento ideal y según el modelo del sueño, la reinvertidura de las representaciones inconscientes, van luego a aliarse con todo lo que en ese momento puede estar funcionando en el psiquismo, (además del deseo infantil, un resto diurno, las percepciones exteriores reales, un recuerdo infantil, un pensamiento que intenta infiltrarse). Esta simultaneidad se concluye en el contenido manifiesto de un sueño. De ahí que pensamos que el sueño no es solamente el resultado de un deseo infantil inconsciente que quiere realizarse a todo precio –al menos una “tentativa” como concluye Freud en 1932 (Nuevas Conferencias)–, sino que también responde a una necesidad de representación, sin la cual el yo se perdería en un estado de pánico. Me acuerdo de un paciente que no soñaba, en cambio se despertaba en un estado de pánico, saltaba de la cama y se encontraba en medio de la habitación aterrorizado sin la menor representación psíquica.

E. – En su libro, Ud. plantea que la angustia mayor no es la pérdida de objeto, sino la ausencia de representación.

C.B. – En efecto, es un punto fundamental. Mientras hay una invertidura de la representación del objeto, hay vida psíquica, la pérdida del objeto real puede ser muy dolorosa, pero el dolor es vida psíquica. Si decimos que la angustia principal es la

pérdida de la representación esto supone, como vengo de decir, una pérdida global del psiquismo. Para existir psíquicamente no se necesitaría tanto la investidura de un objeto; lo fundamental para existir sería la investidura de la representación de objeto; que sea amado, odiado, persecutorio o angustiante, poco importa; sólo cuenta, en último análisis, esta investidura a nivel representacional. Freud ya dijo que la función más temprana e importante, al punto de ser ella quien introduce el principio de placer, es la función de “ligar” las mociones pulsionales. Y éstas no pueden ser ligadas psíquicamente si no hay representación de objeto. Y, como decía antes, bajo la influencia de las fantasías originarias. Ahí reside lo esencial de las disensiones teóricas. La representación es el representante-representación de la pulsión. Yo no puedo concebir un representante psíquico si no está sostenido por una pulsión. Pero no hay que confundir la pulsión con el elemento biológico que el cuerpo aportaría a la psiquis. A la pulsión hay que dejarla como un concepto metapsicológico, incluso si Freud dice que tiene sus raíces biológicas. Esto creo que no hay que tomarlo al pie de la letra, sino como algo que está particularmente implicado con todo lo que es biológico, pero con el que no tiene una traducción directa. Es imprescindible tener en cuenta que hay un hiato entre lo que es estrictamente biológico y lo que es propiamente psíquico. Hay un salto misterioso, como decía Freud, y creo que sigue misterioso. Ciertamente, las hormonas pueden provocar deseos sexuales y los deseos sexuales pueden despertar una imaginación, una fantasía sexual. Pero seríamos muy reductores si pensamos que la pulsión, en términos metapsicológicos freudianos, es idéntica al deseo sexual hormonal. Yo prefiero no confundirlos y pensar que, en términos psicoanalíticos, lo sexual es la sexualidad psíquica originada en lo infantil. El deseo sexual infantil surge, en el ámbito del psiquismo, a partir de un representante-representación psíquico de la pulsión, constituye un elemento que va a alimentar una cadena de representaciones inconscientes y preconsciouses, guiadas por las fantasías originarias, propias al orden psíquico. Es toda la diferencia, insisto, entre la sexualidad orgánica y la psicosexualidad, y de una forma más precisa, la psico-sexualidad infantil operando en el adulto.

E. – Pensando ahora más cerca de la clínica, ¿con el título de la Introducción de su libro “Psicoanálisis del Siglo XXI”, Ud. estaría apuntando a lo que se ha llamado “nuevas patologías” y su vinculación con el trauma o el negativo del trauma?

C.B. – Creo que para responder es necesario hablar primero de la concepción que yo tengo del futuro del psicoanálisis. Grosso modo, Freud erigió una teoría fundada en la noción de representación psíquica. Hasta el punto de concebir el sistema Inconsciente

de la 1ª tópica como constituido por representaciones inconscientes. Con la 2ª tópica el problema cambió radicalmente pues el sistema ahora imaginado, el Ello, ya no está constituido por representaciones. Freud nos habla de mociones pulsionales. Por lo tanto, paradójicamente, ni Freud, ni los autores siguientes lo han tenido en cuenta y las consecuencias considerables no han sido nunca estudiadas. Hasta ahora el psicoanálisis ha seguido siendo un psicoanálisis fundamentalmente representacional. Es verdad que Bion, con su teoría de la transformación de los elementos, se acercó a la idea de procesual, nos mostró el camino, pero en su noción de transformación, la noción de representación continúa predominando sobre otras. Hoy día ya no podemos continuar limitándonos al análisis representacional. El análisis debe ser también procesual si queremos comprender y tratar los pacientes borderline. Procesual, quiere decir, una cura analítica operando por la vía regrediente como en el caso de Sergio que presenté en Montevideo.

Volvemos a encontrarnos con el problema de la regresión. Ya lo vimos con la tendencia winnicottiana. En realidad es un punto álgido que revela lo esencial de cada teoría. Así, las dos otras grandes tendencias del psicoanálisis actual, la bioniana y la lacaniana, adoptan igualmente posiciones extremas a ese propósito. Bion decía que solamente si se ha ido lejos en el propio análisis se puede abarcar esta zona regresiva.² Yo creo que todo análisis correcto debe permitir al analista llegar a esa situación: Bion, en realidad, temía que la regresión del analista fuera una regresión psicótica. No concibió una regresión formal a lo figurable, a lo casi-alucinatorio. Lacan, con su teoría del lenguaje no podía interesarse en la vía regrediente, incluso ridiculizaba su importancia, a pesar que en sus comienzos tuvo la intuición de la existencia de lo que él llamó alucinación fundamental.

La práctica analítica para abordar, dar sentido a los afectos devastadores de borderlines tiene que recurrir a lo que llamamos trabajo de figurabilidad del analista gracias a una regresión formal momentánea de su pensamiento. Pero no se trata de la contratransferencia en su sentido habitual. Aquí naturalmente pienso en la ponencia remarcable en Congreso de Lengua Francesa de Lisboa de Luisa de Urtubey. El término de contratransferencia no basta para explicar la regresión formal del pensamiento del analista. El problema es que un momento de figurabilidad es sentido espontáneamente como yendo contra la cura analítica. Cuando nosotros comenzamos a publicar y hablar sobre estas cosas, nuestra gran sorpresa fue que muchos colegas vinieron a decirnos

². El Dr. Botella se refiere a sus planteos acerca de la importancia de la regresión, con las características de figurabilidad del sueño, en el trabajo de análisis. (Nota de los entrevistadores).

algo como: “yo también experimenté eso”. “Qué alivio que hablen de esto”. Porque está la idea de que se comete un acto antianalítico, y luego más profundamente, que se trasgrede unas leyes que ponen límites, tanto a la relación analista-paciente equivalente a la relación padres-hijos, como al pensamiento racional. Que se comete una transgresión de orden incestuoso del sentido del análisis.

En ese sentido, me sorprendió y me dio el sentimiento de haber sido realmente comprendido en el Encuentro Interregional cuando frecuenté los grupos de discusión. Por uno de los grupos que estuve, se habló mucho sobre el parricidio que todo analista debe cometer con respecto a sus maestros. Si cada uno de nosotros, en su fuero interno, no replantea la teoría analítica, no hay futuro para el psicoanálisis. Replantearla no quiere decir destruir lo precedente. Aquí se puede pensar en Freud y lo que ha dicho con respecto a su propio padre. Tenía 44 años cuando escribió “La interpretación de los sueños”. Un sentimiento extraño lo invadió cuando 4 años más tarde (1904) se despersonalizó en la Acrópolis. La causa inconsciente estaba en relación con la idea de haber rebasado al padre. Yo creo que es un ejercicio por el cual cada analista tiene que pasar. El problema es que replantear la teoría porta en sí un deseo inconsciente de matar el padre, y su represión. Si cada analista no toma conciencia de esta problemática, el análisis, o no crecerá y estará sometido a un freudismo esclerosado, o se precipitará declarando a Freud caduco y la savia psicoanalítica se secará. Se trata de ir más lejos, de crear nuevos avances teóricos que agranden los precedentes sin destruirlos, que se integran en la teoría general. Tampoco se trata de aplicar su propia teoría al paciente, buscar que la sesión nos confirme en nuestras ideas. Al contrario, para la investigación hay que olvidar todos los conocimientos teóricos en el momento de la sesión; olvidarse de todo y dejarse impregnar por lo que viene del paciente. Y ahí uno se siente confrontado a una serie de vivencias personales que son fundamentales para la tarea de análisis.

E. – ¿Qué vinculación tiene esto con lo que Ud. habla del doble?

C.B. – Yo, esta vez, no he hablado del trabajo del doble, pero podría haber empleado ese término. Simplemente, es otra forma de encarar teóricamente el problema. En la situación analítica hay un momento regresivo en donde se produce lo que nosotros hemos calificado de “estado de sesión”. Es decir, no es un estado plenamente diurno, tampoco es el estado del sueño, es un estado intermedio, un híbrido. Un yo diurno puede dejar venir un estado de regresión importante sin por lo tanto regresar de una forma narcisista. La salida natural para el analista es dejar que se produzca en él un

trabajo de figurabilidad. El “estado de sesión” se acompaña siempre de un sentimiento de extrañeza, a veces de despersonalización. Tenderemos a evitarla, salvo si llegamos a habituarnos y conocemos su interés en la cura. Así, el paciente, para frenar lo inquietante de la marcha regresiva se defenderá sobre todo por dos procedimientos: ya sea el recurso a la memoria, a la evocación de una representación-recuerdo. Freud lo dijo en “La interpretación de los sueños”: durante el día el recorrido de la regresión de la vía regresiva del pensamiento debe ser suspendida a nivel de la evocación de un recuerdo. La memoria es un recurso regresiva que puede ser muy nítido, tener un cierto valor alucinatorio y evitar la despersonalización. Ya sea, el otro recurso, una sobreinvestidura del analista, en tanto que doble narcisista. La transferencia tiene un trasfondo perteneciente a este movimiento. El paciente va a imaginar a su analista como su ideal del yo. Necesita investir un doble narcisista “material” de lo que él quisiera ser. Esta es una relación del doble, a lo opuesto de la capacidad que tiene el analista de funcionar como el doble del funcionamiento del psiquismo del paciente. Por ejemplo, cuando Luis Raskovsky, sueña una misma noche el mismo sueño que el paciente es un trabajo en doble extraordinario. Sin llegar a este caso excepcional, el único que conozco, esa capacidad de hacer funcionar el propio psiquismo *del* analista al unísono del psiquismo del paciente es lo que nosotros llamamos trabajo del doble.

A menudo hay analistas que para evitar esa regresión en doble psíquico, hacen una investidura del paciente en doble narcisista material. Como el paciente se defiende por el mismo procedimiento entramos en lo que la teoría kleiniana llama una identificación proyectiva empobrecedora.

Hoy día, la expresión de trabajo en doble, Sara y yo, la empleamos cada vez menos. No sé bien porqué. Tal vez porque se presta a confusión. Creo que la idea de regresión formal del pensamiento es más precisa y más ajustada.

Quiero citar aquí a Michel de M’Uzan, porque fue el primero que, con su noción de “pensamiento paradójico”, abrió un nuevo dominio. Yo aún estaba en formación, asistí a su conferencia en el 76 cuando habló por primera vez de pensamiento paradójico. En general, fue un impacto en la Sociedad Psicoanalítica de París. Fue mal recibido en un primer tiempo y sin embargo, para mí, de entrada, supuso un concepto de un valor extraordinario.

E. – Acerca de la interpretación ¿qué nos puede decir?

C.B. – En la Conferencia Interregional calificué la interpretación clásica de “disyuntiva”. Esta calificación no es una formulación elegante pero tiene la ventaja de

ser clara y simple. Permite hacer hincapié en el hecho que la interpretación clásica introduce una doble ruptura espacio-temporal. ¿En el fondo qué decimos al paciente que hace una transferencia de orden psiconeurótico? En último lugar acabamos diciéndole: No se trata de mí, sino de su padre, o de su madre, (u otro personaje de la infancia). Ese afecto que siente por mí no es de hoy, pertenece al pasado. Así, bajo la formulación de “disyuntiva” esa modalidad de interpretación puede ser opuesta a la que llamamos de orden “conjuntivo” propia de ciertos momentos y sobre todo presente en las curas de borderline. Es una interpretación que nace a partir de un trabajo que tiende no a separar sino a reunir. A diferencia de la clásica esta última modalidad transcurre por vía regrediente y opera un recorrido comparable al trabajo del sueño, mientras que la clásica o “disyuntiva” toma como modelo la interpretación del sueño.

Estoy hablando de una “escucha regrediente” diferente de la “atención flotante” que se mantiene a nivel de las representaciones de palabra y conduce naturalmente, sobre una vía progrediente, a la interpretación clásica. La “escucha regrediente” es el terreno sobre el que se constituye un trabajo diurno de figurabilidad, comparable al del sueño. Como ya dije, es una regresión formal del pensamiento del analista de calidad más o menos alucinatoria según las circunstancias económico-dinámicas de la sesión.

Nuestra hipótesis teórica que fundamenta nuestra práctica está en relación, además del trabajo del sueño, con la idea de l’après-coup” (a posteriori). La hipótesis es simplemente que lo que Freud describió tan bien, durante la noche, el trabajo del sueño, en realidad, es un trabajo psíquico permanente, al menos potencialmente, que durante el día está frenado por las investiduras opuestas, las progredientes del representacional y del perceptivo.

Según el modelo del trabajo del sueño, constantemente el psiquismo debe recuperar cosas del pasado estableciendo un trabajo que llamamos de convergencia-coherencia, una representación que dé sentido al actual. Que a su vez puede influenciar sobre la memoria. En realidad ésta no es fija y constituida de una vez para siempre. Su maleabilidad es por momentos inesperada. Nosotros damos una importancia mayor a esa idea de crecimiento permanente, a ese proceso de convergencia-coherencia, hasta el punto de considerar que es un principio del funcionamiento psíquico que se corresponde a nivel pulsional con el principio del placer. Comprender las relaciones de los dos no es cosa simple. Es probable que la convergencia-coherencia haga la frontera con el principio de realidad, encontrando gracias a ese trabajo de elaboración, una representación, una concepción que pueda a la vez satisfacer a la pulsión, al principio de

placer, y adaptarse a la realidad, cuando no sobrepasar un trauma. Al mismo tiempo, el principio de convergencia-coherencia sería lo que constituye la ligadura primordial, de la que antes hablamos, y que Freud considera que “introduce” (es su expresión) el principio de placer.

El psiquismo crecería por etapas sucesivas, en las que se borra o se sobrepasa un cierto nivel representacional para crear otro. La convergencia-coherencia sería la tendencia de Eros de crear unidades cada vez más grandes. La pulsión de muerte tiene por función destruir lo que estaba construido y los instintos de vida van de nuevo a converger para crear una nueva configuración. Esa es una de las razones por las que podemos decir que todo análisis terminado es un análisis en realidad “inacabado”. En el “después del análisis”, quizás más importante que el autoanálisis, en todo caso complementario al autoanálisis, debe existir esa capacidad de crear constantemente nuevas representaciones por un mecanismo de *après-coup*, y de convergencia-coherencia, que le permita seguir evolucionando. Si, al final de un análisis, por lo tanto correcto, no se obtiene esta capacidad, es probable que el paciente incluso practicando un autoanálisis, movimiento preconiente, esté obligado a retomar un análisis si las circunstancias de la vida son difíciles. El movimiento de convergencia-coherencia, que se pasa siempre a un nivel inconsciente, representa un funcionamiento de una gran libertad. Como el sueño, la elaboración de convergencia-coherencia puede evitar la solución neurótica. Schlumberger decía: “Un síntoma es un sueño que fracasó”.

Una de las cosas que me parece muy importante es que un psiquismo que funciona con una buena calidad, cuando sufre la frustración, de los traumatismos que la vida forzosamente nos aporta, podría, por medio del principio de convergencia-coherencia, “aprovechar” para crear una nueva coherencia. Los traumatismos pueden tener el aspecto positivo de darnos la posibilidad de crecer psíquicamente.

E. – ¿Esta sería su concepción de la cura en psicoanálisis?

C.B. – El análisis clásico representacional se centraba en el trabajo con el inconsciente. Los borderline nos han hecho comprender la importancia de lo no representado. Una organización borderline se caracteriza por la fuerza de sus afectos. Estos no encuentran nunca la vía que los calmaría, no tanto a causa de las fuerzas pulsionales sino más bien por defecto de ligazón de representaciones. Se podría decir que todo borderline padece de una “enfermedad de la representación”. Su equipo representacional no basta para absorber la fuerza de sus pulsiones. Lo que le caracteriza es ese desnivel pulsión-representación que se traduce en el desbordamiento de sus

afectos y una sobre-investidura del objeto real de carácter eminentemente narcisista. Se trata pues de la necesidad de acceder a una calidad de representatividad capaz de dar forma a los representantes psíquicos de la pulsión. De no ser así, la pulsión, desbocada, provoca catástrofes y sufrimientos extraordinarios que busca el apaciguamiento en la concreción del objeto.

E. – Con respecto al criterio de analizabilidad del paciente, ¿cómo cuando uno lo entrevista valora su posibilidad de análisis? ¿Qué valora allí? ¿Sería, de acuerdo a su postura, la posibilidad de una regresión formal, sin llegar al desinvestmento del objeto?

C.B. – Naturalmente, tiendo a valorar la calidad de los mecanismos de defensa del yo, la represión, las renegaciones, etc. etc. Al mismo tiempo, en efecto, lo que intento medir es la capacidad del yo de poder regresar y poder aceptar una relación con el inconsciente. Valoro la fuerza de un yo, pero una fuerza que no se puede definir en términos del yo fuerte clásico de Anna Freud, de los annafreudianos; se trata de una fuerza caracterizada por su maleabilidad. Por ejemplo, Freud, cuando joven estuvo en París, fue capaz de soportar unas alucinaciones auditivas sin por lo tanto delirar. Oía la voz de su novia, Martha, que lo llamaba por su nombre. Si un paciente puede soportar una imaginación libre, en ciertos momentos casi-alucinatorios, incluso si es un borderline grave o un suicida, si el sujeto es capaz de investir fuertemente al analista y a la situación analítica, si posee esa libertad y una cierta “distancia”, tiene grandes posibilidades de hacer un buen análisis.

E. – Eso lleva a otro problema asociado. ¿Lo mismo podríamos pensar para la condición de analista?

C.B. – Exactamente. En el Instituto de París, hoy día nos preocupa mucho que el candidato tenga un mínimo de años de análisis personal antes de confiarle una cura supervisada. La resolución de su neurosis infantil, el hecho que ya no tenga ningún síntoma nos importa menos que de testar su capacidad de analizarse. Eso es lo que intentamos medir en cada candidato. Por mi parte, intento calibrar sus capacidades regresivas. Puede ser que un neurótico menos afectado y bien adaptado resulte luego un analista menos competente que un borderline poseyendo de entrada esas capacidades regresivas.

E. – ¿Son prolongadas las supervisiones?

C.B. – En general se considera que las dos supervisiones obligatorias deben durar un mínimo de dos años cada una. Pueden ser simultáneas. Esa duración es discutible porque a veces vemos candidatos que son de entrada analistas. La cuestión es saber si es en la supervisión que transmitimos verdaderamente el análisis. Sin duda transmitimos unos conocimientos, una experiencia, confirmamos al candidato en sus comienzos, pero en realidad la verdadera transmisión del análisis se efectúa en el diván. Si la cura no ha hecho del candidato un analista, el supervisor no sirve para gran cosa. Una de las particularidades del Instituto de la S.P.P. es que una de las dos supervisiones obligatorias debe ser en grupo, colectiva: es decir varios candidatos presentan su caso al mismo supervisor delante del grupo. Esto es interesantísimo porque es la única ocasión que tenemos de ver a un colega hablar de un análisis paso a paso; cada candidato da su opinión. Hay un aprendizaje entre colegas, candidatos y supervisor. Pero, actualmente, estamos discutiendo sobre la pertinencia de mantener la obligación de la supervisión colectiva.

E. – Le agradecemos mucho su tiempo y valoramos su buena disposición, después de un día de trabajo intenso como ha sido éste para Ud.

C.B. – Yo también les agradezco a Uds. por el interés que han mostrado por mis ideas.